

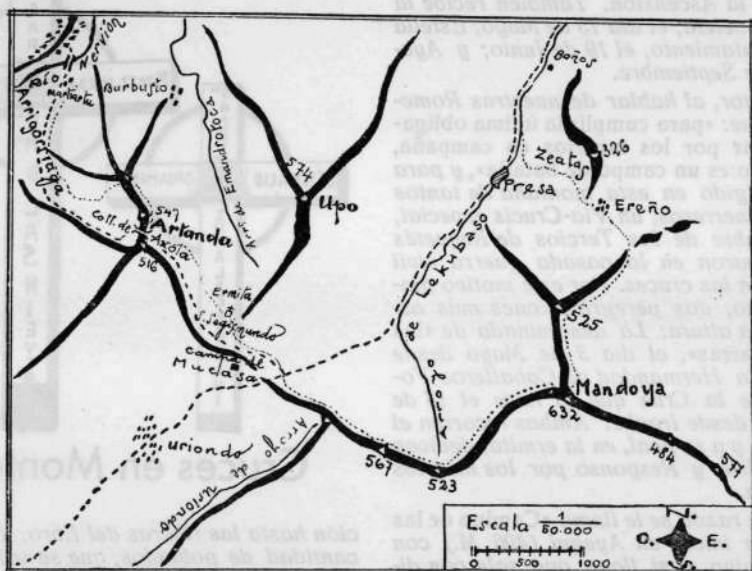


Ya a primera hora de la mañana, el día presagiaba que iba a ser extraordinariamente caluroso, por lo que rectificando la excursión que habíamos proyectado, decidimos realizar nuestra marcha por los montes de Artanda y Mandoya, para luego descender al lugar de Lekubaso, punto estratégico para la acampada.

Así, saliendo por el F. c. del Norte en el tren de las siete de la mañana, tomamos

Desde este punto, salen dos caminos hacia la cumbre de Artanda: el del centro, que seguiremos y, que nos conducirá al collado de la Mota y, el que de menos porcentaje, alcanza la collada de Axola.

Así, por una corta rampa, poblada de pinares, de bastante inclinación —un frondosísimo roble sirve de orientación en dicho punto de ataque— ascendemos con paso tranquilo; una doble alambrada, que sorteamos, da paso a terreno descubierto, sembrado de pinos de minúscula altura, que nos per-



billete hasta Arrigorriaga, término de nuestro viaje.

De aquí, saliendo de la estación hasta la carretera, se continúa por esta hasta alcanzar la plaza de la localidad; cruzándola, en diagonal, en su fondo, comienza un camino carretil por el que continuamos, rebasando poco después el puente de Uguesa, sobre el Nervión. Seguimos por el camino hasta el barrio de Martiartu, continuando hasta la barriada de Zabaleta.

mite ver tres cúpulas, rematadas, en lo alto, por la mayor de Artanda.

Caminamos ahora por el sendero, bordeado de helechos y de manzanillas, que aroman intensamente el ambiente.

Derivando ligeramente a la derecha, alcanzamos el collado de la Mota (332 m.). Seguimos la arista y tras rebasar la cúpula del mismo nombre, atacamos el último trozo, que nos permite situarnos en la cumbre de Artanda (547 m.) primer objetivo de hoy.

Contemplamos el valle, poblado por el caserío de Arrigorriaga, surcado por el Nervión, cuyas aguas discurren placidamente, a cuyo lado izquierdo corre paralela la cinta asfaltada de la carretera.

Los primeros contrafuertes del Arbolico se alzan bravos, que rematan la cumbre de Uzhorta, a su vez remontada por las peñas blancas de Pañasarri. La cresta afilada de Ganekogorta, sirve de fondo al panorama, encuadrado en un límpido cielo azul.

El sol calienta en la cumbre pelada, por lo que descendemos hacia el collado de Axola, donde tomamos el camino carretil que dejamos enseguida, para bajar unos metros, al objeto de visitar la ermita de San Segismundo. Contemplamos sentidos el abandono en que se encuentra; baste decir, que de ella han hecho las ovejas lugar de esparcimiento.

A nuestra izquierda, el monte Upo (574 m.) otra altura de este cordal, que deriva en dirección N.; lo dejamos para mejor ocasión, ya que nuestro objetivo lo constituye la cima de Mandoya.

Tomando nuevamente el camino carretil, marchamos entre un robledal hasta alcanzar la campa de Mucasa, en la que se levanta un caserío semiderruido, a modo de paridera, cuyo conjunto forma un cuadro de gran sabor bucólico.

Desde este punto, orientándonos al E. seguimos por dicho camino, convertido en pista forestal, alcanzando la altura del cordal, por el que en fácil y delicioso paseo cumbre, llegamos a la cima del Mandoya. (634 m.)

A nuestros pies el valle de Ceberio, cerrado por el cordal que se inicia en el Untzuetta-Pico y que tras elevar en su centro la altura de Garigorta, remata en las Peñas de Urigoiti, albo contrafuerte rocoso del macizo de Gorbea.

La enriscada Sierra de Aramotz, en la que se elevan las torres roqueñas de Urte-

mondo, Belachikieta, Cañometa, etc. cerrada por las bravas cumbres del Duranguesado.

La dilatada cumbre del Oiz, cierra el panorama al N. E.

Grata sombra prestan los pinares en esta cumbre, que trepan a la altura por su cara Norte, mas la falta de agua, acompañada de un caluroso viento S. nos induce a buscar mejor acomodo.

Dejamos la cima y, siguiendo en principio el corte de la barrancada, orientamos nuestra marcha en dirección N. E., para rectificar al poco tiempo, haciéndola regularmente en dirección NE. por un camino que, en principio, a través de espeso pinar, ofrece un desnivel bastante acentuado, que cesa al llegar al collado de la cota gemela del Mandoya (525 m.)

Sin perder el camino, siempre entre pinos, encontramos dos rústicas construcciones y más tarde, el Barrio de Ereño (255 m.)

Como nuestra intención es finalizar la excursión en el frondoso parque natural de Lekubaso, descendemos por la lomada de Zeatas— por sendero que se inicia en el caserío— y que baja por tierras de labrantío, internándose a través del magnífico arbolado, que ofrece a nuestra vista, magníficos ejemplares de robles, acacias, abetos, álamos, cerezos silvestres, etc. etc., todos ellos de grandes proporciones.

Cabe un arroyuelo de agua cristalina, hacemos alto, para reconfortarnos con las viandas de nuestras mochilas. Los rayos ardorosos del sol, tamizados entre el abundante follaje, nos brindan, en idílico lugar, templada temperatura y grata sombra.

Cuando a la caída de la tarde amaina el calor, por rústico camino, bajo los copudos árboles, descendemos a Usánsolo, cuya estación de F. c. se ofrecerá a nuestra vista, en primer término.

X. de SERTUCHA

Del Club Deportivo de Bilbao